

**N**O hay ninguna garantía de que este que llamamos —con toda justicia— año negro vaya a ser, precisamente, el más negro de todos los que vienen a continuación. Más bien parece un preludio. Como en el viejo arte de hacer teatro, en ciertas etapas históricas hay también exposición, nudo y desenlace. Este es un año de exposición. La vieja imagen del conjunto de sociedades que formaban la Humanidad y que parecían tener un orden, un sentido, una serie de papeles repartidos, se está terminando y comienza otra forma nueva. No sabemos cómo va a ser; sospechamos, incluso, que pueda «no ser». Que se acumulen las imposibilidades de seguir adelante. Es decir, que aparezca una gran guerra terminal.

No se trata de unos terrores milenaristas como los que recorrieron el mundo que llamamos el mundo desde nuestra óptica: la civilización de este pequeño cabo de Asia al que se da el nombre de Europa—hacia el año 1000. Los datos que tenemos ahora no son supersticiosos, religiosos o astrológicos, sino de una veracidad contundente, que nacen de la existencia de un armamento que conocemos y que, a diferencia de cualquiera de los que han existido en guerras anteriores, tiene la capacidad suficiente como para destruir la Humanidad; y esta vez sin limitarse a la zona de mayor grado de civilización, sino de verdad a todo el globo.

Pero el armamento no es nada por sí mismo: es una creación del hombre y un instrumento del hombre. Es una determinada mentalidad la que ha construido estas armas y las ha acumulado, la que sigue febrilmente fabricándolas y la que—sobre todo, este año—amenaza con emplearlas. Las crisis mundiales se suceden a lo largo del tiempo, hasta el punto de que podría decirse que la Historia es una crisis continua; pero cada crisis es más grave que la anterior porque alcanza a mayor número de naciones en conflicto, a mayor número de seres humanos en riesgo.

La crispación de hoy no tiene precedentes. Entre otras razones, porque no tiene salidas previsibles.

En cualquier época anterior una crisis se presentaba como una opción entre dos —por lo menos— salidas. Si tomamos en bloque la guerra inmediatamente anterior se puede ver que las dos salidas eran el nazismo —el conjunto de fascismos—, por una parte, y una especie de Frente Popular, por la otra —la alianza de las democracias con la Unión Soviética reproducía a gran escala lo que fueron los frentes populares en Francia y en España—. En las dos partes contendientes había una especie de fe, o de fanatismo. La situación actual no se presenta con estas características. Las dos partes presuntamente contendientes, las que almacenan los grandes arsenales que pueden producir la situación terminal de la Humanidad, no mueven ya a nadie. Si antes se podía creer en las guerras resolutivas, hoy ya no se cree en ellas. El comunismo, tal como lo realiza la Unión Soviética y como se presenta en otras naciones, ha perdido su atractivo. Ha quemado inútilmente las libertades. Incluso los afines al comunismo hacen ahora un examen retrospectivo y ven cómo se fueron

perdiendo las fuerzas vivas de la Revolución, las que se liberaron en la Rusia de 1917, para convertirse en un cuerpo muerto. Se acabó la gran ilusión, y sólo unas minorías, más desesperadas que creadoras, ven en ese sistema la solución.

Pero la forma contraria, la forma de capitalismo que este año ha comenzado a interpretar Reagan, está igualmente desgastada. Sobre todo, desde que el nuevo presidente ha comenzado a identificarlo con la guerra. Hay un esfuerzo continuo para renovar las creencias, la mística, la fe. Pueden surgir personajes como el propio Reagan y sus corredores de armamentos y amenazas, o como el Papa regresando a la vieja concepción de la catolicidad; no levantan a nadie. O, solamente, a desesperados.

La crisis cuyas características se han planteado sobre todo este año es diferente a las anteriores en que no es una crisis de fanatismo, sino una crisis de escepticismos. Un pensamiento que comenzó a correr a principios de siglo ha cuajado ahora: no somos capaces de disponer de nosotros mismos, nos afanamos en defender o atacar —cada uno en su caso— ciertos valores que ya no sirven, y no acertamos a saber cuáles son los nuevos.

El microcosmos español es siempre un buen punto de comparación. Por conocido, en una parte, y porque aquí, por razones de arrastre histórico, ciertas pugnas se presentan de una manera más visible, menos matizada. Más torpe, si se quiere. España acabó con una circunstancia histórica —la del franquismo— no sólo por la muerte de Franco —que fue una señal— sino porque se había terminado la fe en quienes sostenían ese régimen. El régimen posterior no ha producido tampoco ninguna clase de misticismo.

Se defiende la Constitución, como se ha hecho en su aniversario del 6 de diciembre, más que por la Constitución en sí por su calidad de muralla contra los otros. Los anticonstitucionalistas, los autócratas, los partidarios del golpe de Estado.

La Constitución, en realidad es un texto vago, indeciso, que ha permitido unas acumulaciones de poder en un partido que se desintegra; y que cada vez más aparece como un conjunto de intereses personales.

Muchos republicanos han esgrimido ese día una bandera contra la que lucharon, y aclamado a un Rey que no está en sus ideas.

Todo ello corresponde a una situación límite; en esas situaciones límite, de defensa propia, de sálvese quien pueda, hay un fondo de desaliento, de insatisfacción.

Más desalentadora es la posición de «los otros», los que días antes esgrimían la misma bandera para evocar a dos muertos, a José Antonio y Francisco Franco: dos muertos con tan poca relación entre sí que su contradicción se planteó en Salamanca, en los primeros momentos de la guerra civil. Dos muertos... La defensa de las resurrecciones es aún más insensata que la defensa de unas instituciones de mal menor (para quienes no crean en ellas). Salvo los gritos negativos, que eran la mayoría, lo que pedían era «el Ejército al poder». ¿Qué significa un ejército en un poder? Algu-

## EL AÑO NEGRO Y LOS QUE VIENEN...



nas situaciones paralelas —Turquía, Chile, Argentina...— muestran que sólo consiste en crear una apariencia de orden, pero no hay, hasta ahora, ninguna prueba de que los Ejércitos en el poder hayan resuelto las circunstancias de sus países respectivos. Han añadido, eso sí, un clima de opresión.

El microcosmos español está, como el otro, atravesando unas circunstancias difíciles.

Desde un punto de vista moral, la caída de las ideologías, la muerte de las esperanzas, el miedo al futuro, la inseguridad. Desde un punto de vista material, la falta de correspondencia entre precios y salarios, el crecimiento del paro, y una serie de circunstancias que no son solamente casuales, como el veneno del aceite de colza desnaturalizado, que procede claramente de una corrupción moral y de una incapacidad administrativa, y que representa no sólo ese mal intrínseco, sino todo un conjunto de adulteraciones, engaños, estafas.

En una suma de factores un poco arriesgada por su

necesaria simplificación, diríamos que el mundo no puede seguir viviendo sobre los valores, morales y materiales, antiguos. La densidad de población crece cada día: frente a lo que los optimistas —y los providencialistas— habían profetizado, no hay solución para todos, o la ciencia y la técnica no la han descubierto. La densidad de población es creciente, sobre todo, en el mundo de los países productores —o proletarios— frente a los países consumidores —o ricos— ha producido un desafío que parece imparable. Es difícil creer que una guerra mundial pudiese contener ese mundo pobre: de la guerra mundial anterior salió su fuerza actual. La ciencia y la técnica han planteado, en Occidente, una situación adversa: el paro, la acumulación de riquezas, la nueva desigualdad social. Es también irreversible. Están arrojando sobre el mundo pobre unos artículos de consumo que sólo pueden adquirir mediante el alza de los precios de las materias primas.

No hay correspondencia entre estas sociedades.

Es también un artificio y una simplificación atribuir al año 1981 la suma de todos estos fenómenos. Pero una serie de fenómenos que se han acentuado en ese año pueden cualificarle.

Son los sucesos de Polonia, la situación de América Central —y de las otras Américas— el crecimiento del terrorismo. Son el golpe español del 23 de febrero, y todas sus secuelas. Donde se mire hay problemas: en el centro y en el sur de Europa, en toda Africa, en toda Asia, en toda América...

No se ven las soluciones. Dicen los nuevos filósofos que se doblan de sociólogos —el pensamiento adulterado por la estadística, o la estadística interpretada como se puede por el pensamiento— que es un cambio de era. Y que los cambios de era no los advierten nunca los contemporáneos más que como una catástrofe. Quizá los hombres de la Edad Media que transitaban hacia el Renacimiento no veían todo lo que éste podría aportar en el terreno del humanismo y se sentían vivir mal; unos quemaban en las hogueras hombres y libros, para evitar ese Renacimiento, y otros, sólo sentían el pavor de lo desconocido. Puede que la década de los ochenta esté transida, toda ella, de esa angustia; puede que sea la que produzca la guerra del final de todo.

Pero no hay que negar la posibilidad de que tras este tránsito doloroso, alumbremos una nueva era, más justa y más floreciente. El problema es que ahora no sabemos ni siquiera cómo va a ser. ■